

Martes XI del TO Ciclo B



18 de junio de 2024

1Re 21, 17-29

Sal 50

Mt 5, 43-48

P. Eduardo Suanzes, msps

El «amor al enemigo» ha sido considerada siempre como una de las proposiciones más radicales y novedosas del mensaje de Jesús. Y también una de las más discutidas. Tanto el texto del evangelio de ayer como en el de hoy se ofrecen numerosas pistas para entender en qué puede consistir el amor al prójimo en general, y al enemigo en particular. Pero, ¿quién es el enemigo?

Jesús predicaba a gentes sencillas, a aldeanos de Galilea, y la mayor parte de sus proclamaciones se referían a la vida concreta de esas gentes. Si Jesús, como proclama el inicio del evangelio de Marcos, invitaba a otros a seguirle para «*pescar hombres*», estaba llamando la atención sobre la situación de **ahogamiento** que muchas personas padecían en la vida normal y corriente de aquellas aldeas, de aquel país, de aquella sociedad. Su invitación era «ponerse a amar» a los desamados, levantar a los postrados, apreciar a los despreciados, tocar a los intocables, integrar a los excluidos. ¿Para qué? Para que el amor pudiera ser una realidad; es decir, para que Dios pudiera ser, para que el reinar-ser de Dios se realizara, fuera una realidad. ¿En qué consistían fundamentalmente las sanaciones de Jesús? En sacar a la superficie a hombre-ahogado. Y ese amor dado producía en el sanado una experiencia espiritual unificadora; esa era la sanación, en realidad; ¿con qué objetivo? Con el objetivo de salir hacia los demás, hacia donde nuestro auténtico ser apunta; porque **«cuanto más unitarios somos interiormente con mayor profundidad podremos ver hacia afuera»¹**

Una larga lista de personas «**ahogándose**» recorre todo el evangelio, toda la vida pública de Jesús. Y son personas concretas, cotidianas, normales y corrientes, a las que todos tienen acceso en uno u otro momento del día o de sus vidas. La llamada de Jesús a «despertar» para verse no-ajenos a esas personas, es una llamada para la vida práctica, personal y concreta. El peso de los textos en este sentido es abrumador. Porque la causa de Dios, el ser de Dios, abrumadoramente en los textos es presentado como la causa de los pequeños, de los pobres, de los últimos, de los marginados y desamados, de los que está ahogados en la vida.

De ahí que debemos empezar entendiendo el término «enemigos» como referido a aquellos que se presentan oponiéndose a la persona en su vida habitual, cotidiana. Los evangelios de ayer y hoy nos permiten identificar algunas de esas cualidades de «enemigos»: son los que nos odian, maldicen o tratan mal; son los que ofenden nuestro honor (abofetear la mejilla era un desafío al honor del abofeteado); son los que pleitean o

¹ Robert W. Godwin

nos demandan para arrebatarnos algo nuestro (el símil de quien te quita la túnica); son también los soldados o funcionarios que podían obligar a cualquiera a llevarles su carga durante una milla; son los que te asedian con peticiones e incluso los que te roban lo tuyo...

El elenco de «enemigos» es variado. No se trata sólo de quien me ataca para hacerme daño, sino también de otras muchas personas a las que no les gusto, me tienen envidia, me desprecian o difaman, se aprovechan de mí o me cargan en la vida. El grado de «enemistad» es, pues, amplio, y afecta a cuestiones más y menos graves de la vida y de la convivencia.

La propuesta del texto evangélico es que a todo eso se responda no con odio, sino con amor. Y amor en el sentido de *agapé*, es decir, de amor «*desegotizado*», donativo, buscando el bien del otro sin esperar recibir nada a cambio. Se trata de responder al mal con la bondad, de desear que la persona enemiga alcance la luz y el bien («*recen por los que les persiguen*»). Se trata, en definitiva en no responder con la misma moneda. Si al mal se responde con el mal, el mal crece. Si al mal se responde con el bien, hay una posibilidad de que el mal no sólo decrezca, sino que pueda convertirse, tal vez, en bien.

La famosa ley del tali3n (término latino que deriva de la palabra latina "*talis*" o "*tale*" que significa idéntica o semejante), con su «*ojo por ojo, diente por diente*», que en un principio era una ley para evitar los excesos en las penas, degeneró en el símbolo máximo de responder en la misma direcci3n o con las mismas armas con que te atacan. El expreso mandato de Jesús «*Amen a sus enemigos*» choca radicalmente con esta moral imperante. Es tan radical y precisa que la uni3n de elementos tan antitéticos como **amen-enemigos** no aparece así, tal cual, en ninguna otra parte de la tradici3n del Antiguo, ni del Nuevo Testamento, ni tampoco en las sabidurías de las culturas antiguas, ni en las filosofías paganas en torno a la época de Jesús.

Sencillamente el amor (interesado o no) al enemigo es una anomalía en la tradici3n bíblica, porque era la aversi3n, el rechazo o el no-trato con los enemigos, especialmente con los de Dios y su pueblo, la norma de comportamiento adecuada. Por ello, el mandato de Jesús aparece con una singularidad especial, sin apenas conexi3n con su tradici3n cultural judía.

Así establecidas las cosas, ¿quiénes fueron los enemigos de Jesús? Jesús sintió como enemigos peligrosos a los dirigentes religiosos, que fueron —de hecho— los que propiciaron su muerte. Interactuó y polemizó con ellos con la intenci3n de ayudarles a descubrir su error para que volvieran al camino del Dios de la Vida. Así manifestó Jesús su amor hacia ellos: no un amor sensiblero de afectuosidad-calidez blandas, sino un movimiento de su coraz3n deseoso de que ellos también amanecieran a la Vida y fueran fuente de Vida para otros. Aunque hubo escribas y fariseos que dieron su adhesi3n a Jesús, el dato histórico es que la mayoría de ellos le dieron la espalda, no le creyeron en general, y, algunos de ellos, los más encumbrados en la estructura religioso-social, le respondieron propiciando su muerte, quitándole de en medio.